

AL QUE LE VENGA EL SAYO QUE SE LO PONGA, UN SAINETE  
INÉDITO DE LUIS AMBROSIO MORANTE (1827)\*

BELÉN LANDINI  
Universidad de Buenos Aires

CUANDO HABLAMOS de «orígenes» del teatro argentino, nos referimos a los períodos colonial y post-colonial, según periodización basada en Tulio Halperín Donghi [1985]. El *período colonial* comprende del «descubrimiento» de América y primeros pasos de la colonización al año 1810, la Revolución de Mayo y la instauración de la Primera Junta de Gobierno en Buenos Aires. El *período post-colonial* (entre los años 1810 y 1830, aproximadamente), es a la vez posterior y consecuencia del *colonial*, y sirve de contexto al sainete del que nos ocupamos.

En el período post-colonial, los procesos afianzados a partir de Mayo de 1810 generan cambios en la temática de la incipiente dramaturgia porteña. Las ideas iluministas comienzan a hacerse presentes en las creaciones de nuestros autores más destacados, en tensión con los imaginarios de la pasada hegemonía española que, provenientes del período colonial, insisten en perpetrarse entre 1810 y 1830.

Halperín Donghi sostiene respecto de este período: «La lucha por la independencia sería (...) la lucha por un nuevo pacto colonial» [1985: 74-75], refiriéndose al cambio económico que se producirá después de la revolución en la relación entre América y el continente europeo. Por otro lado, en lo que respecta al cambio ideológico-político, la ilustración que guía las ideas revolucionarias no se basa, según Halperín Donghi, en la impugnación de la monarquía, sino en su fidelidad; a pesar de sus debilidades, esta institución era la fuerza más poderosa aún en toda la colonia. La crítica de la economía o de la sociedad coloniales no implicaba una disolución del orden monárquico ni una ruptura total con el pasado.

---

\* Recibido: 11/marzo/2011. Aceptado: 5/abril/2011.

Es así que, en el marco de esta continuidad con transformaciones, se presentan en el teatro de Buenos Aires piezas innovadoras, como *El 25 de mayo*, melodrama de Luis Ambrosio Morante. La creatividad porteña da los primeros pasos sistemáticos para «independizarse» del teatro español. Las nuevas temáticas implican cambios morfológicos en el teatro local. El sainete, de origen español, no se mantendrá al margen de estas innovaciones.

Luis Ambrosio Morante (1780-1836) fue un actor y dramaturgo montevideano de gran relevancia en el período postcolonial. Participó en los coliseos de Montevideo, Buenos Aires y Santiago de Chile con reconocimiento en variados roles teatrales según las crónicas de la época. A sus piezas más conocidas – se cuentan *El 25 de mayo* (1812), *Siripo y Yara* (1813) y *Tupac Amaru* (1821)– puede sumarse el sainete *Al que le venga el sayo que se lo ponga*, que hemos consultado en el Archivo General de la Nación (AGN, BN, 7857), y del que sólo encontramos mención en Teodoro Klein [1994: 28-29]. La presente edición es la primera de la que tengamos noticia.

Comprometido con la realidad revolucionaria de su tiempo, Morante expresaba, tanto en su dramaturgia como en su actuación, su inclinación volteriana y antirreligiosa, así como sus opiniones respecto de las coordenadas históricas que atravesaba el Río de la Plata. *El 25 de mayo* fue representada por primera vez el 24 de mayo de 1812 en conmemoración del segundo aniversario de la revolución que inició el proceso independentista del territorio argentino. Siguiendo esta línea, el sainete *Al que le venga el sayo que se lo ponga* tiene su eje contextual en la guerra entre nuestro territorio y los portugueses, y en el bloqueo que estos últimos impusieron al puerto de Buenos Aires. Desde los comienzos de la creación del Virreinato del Río de la Plata, los portugueses luchaban por la incorporación de las tierras que actualmente corresponden a la República de Uruguay. El gobierno de las Provincias Unidas logró recuperar el territorio oriental, pero los portugueses bloquearon el puerto de Buenos Aires entre 1825 y 1828. El sainete de Morante está fechado en 1827 y uno de sus temas principales es el bloqueo del puerto de

Buenos Aires, con los trastornos económicos que provocó a la población.

El manuscrito de este sainete se encuentra en el Archivo General de la Nación junto a otras varias piezas teatrales con las que comparte el mismo legajo. Todas estas corresponden a traducciones realizadas en su mayoría del francés y, en uno de los casos, del alemán. El sainete de Morante es el único escrito original y americano del conjunto. Es sabido que en Buenos Aires, luego del auge del teatro español (principalmente de Calderón y Lope), comenzaron a representarse piezas de autores franceses, entre ellos Molière, uno de los favoritos. Las traducciones halladas ponen en evidencia el gusto por lo francés: todas llevan el sello del Coliseo de Buenos Aires, lo que permite suponer que fueron montadas allí o que, al menos, se planeó representarlas. *Al que le venga el sayo que se lo ponga* es un fin de fiesta en un acto, que presenta múltiples referencias a la vida cotidiana y centra su fuerza satírica en las profesiones y nacionalidades que poblaban la ciudad de Buenos Aires en 1827. Blas Raúl Gallo afirma en *Historia del sainete nacional*: «Gracias al sainete, nuestro teatro incorporó tipos, costumbres, vestimentas, danzas, canciones y modismos que por entonces daban particular fisonomía a la naciente capital» [1970: 25]. El antecesor del sainete, según Gallo, fue el entremés, que abundó en épocas coloniales en Buenos Aires, pero siempre en piezas españolas. Poco a poco, el género dejó de ser un acto suplementario para adquirir autonomía. El auge del sainete en nuestro país cubrirá el período comprendido entre 1890 y 1930. Por ello el texto que publicamos constituye un antecedente de relevancia.

*Al que le venga el sayo que se lo ponga* fue escenificada, según puede suponerse, por el mismo Morante, que habría actuado en el papel del Médico, personaje que cierra la obra. Sin embargo, Morante había afirmado, con anterioridad a la presentación de esta pieza, que no actuaría en sainetes excepto que faltasen actores, lo que no parece compatible con el hecho de que haya escrito él mismo un sainete. La portada del manuscrito reza «arreglado por Luis Ambrosio Morante». En la época a la que nos referimos, las traducciones se arreglaban y adaptaban muy

libremente, no sólo en lo que respecta al lenguaje sino también al contenido y al contexto de representación. También era común la adaptación de obras españolas. Las piezas traducidas del legajo tienen la aclaración de que ésa es su condición, pero el sainete no la tiene. Podemos suponer entonces que Morante «arregla» un texto en lengua española.

El sainete transcurre en Buenos Aires, en casa de Alexandro, un holgazán jugador, que vive junto a su esposa y sus siete hijos. El espacio es una casa humilde, según la primera acotación: «Pieza desamueblada: sólo tiene una mesa vieja». A la casa empiezan a llegar distintos cobradores, todos personajes típicos del Buenos Aires de época: un changador, un zapatero, un casero, una lavandera, un barbero, un panadero y un médico. Cada uno de ellos viene a cobrarle a Alexandro su respectiva deuda. Cada uno de los visitantes es de nacionalidad distinta, sólo el Médico y una lavandera parecen ser nativos porteños. El barbero es portugués, el changador es africano, el zapatero es francés, el panadero es inglés y desconocemos la nacionalidad de la lavandera, que maneja el mismo dialecto que el protagonista. El origen se manifiesta en la forma de hablar de cada uno, muy cuidadosamente elaborada por el autor, lo que queda evidenciado en algunas de las correcciones del manuscrito, donde cambia «l» por «r» en el cerrado, casi incomprensible parlamento del changador africano.

Este personaje es de capital importancia en lo que respecta a la pieza como una de las primeras del género. Dice Gallo: «Cuando el sainete alcanzó su auge, entre 1905 y 1920, el negro, como constituyente étnico de la población, 'era tan sólo una sombra'. Y como sombra sufrida y estoica, había pasado durante trescientos años de historia rioplatense. (...) Nemesio Trejo, Soria, De María, Novión, Pacheco, mostraron con frecuencia en sus obritas payadores y guitarristas de color» [1970: 209-210]. En el sainete de Morante el negro es una figura importante en la creación del ambiente porteño, tanto como todas las demás que allí aparecen. Si bien no hay una jerarquía establecida entre los personajes que se hacen presentes en la pieza, el negro es el primer visitante de Alexandro y Anastasia, es el primer cobra-

dor, y expresa en parte de sus parlamentos su opinión sobre el trato que recibía: «¡Ah, lun branco/ besamo à un neglo qui tiene/ barba comu la Chibato». Se refiere, en este caso, al ruego de Alexandro para que le traiga comida del mercado. «¡Negrito mío!», dice Alexandro luego de haberlo mandado al mercado y haber intentado engañarlo sin escrúpulos.

Alexandro se burla de cada uno de sus visitantes, cada vez con más descaro, va enfrentando las acusaciones de falso traidor, mentiroso y engañador de distintas formas, inclusive escondiéndose detrás de su mujer, quien lo acusa de vago en el comienzo de la pieza, pero que luego debe ser cómplice para no perder su casa y sus pocos bienes.

Suelta, bribon, la guitarra....  
 Ves la miseria en que estamos,  
 llenos de hijos y de trampas;  
 ¿y te pones tan temprano  
 à cantar?

Anastasia es un personaje que funciona como «la moral» de Alexandro, pero que por cuestiones sociales y de interés debe plegarse a su accionar. Alexandro, en cambio, funciona como un tipo, no cambia ni evoluciona en su carácter, se va afirmando en la definición de sus características en una suerte de *crescendo*. En la escena primera leemos:

¿es poco el gustazo  
 de que esten mis acrehedores  
 en continuo sobresalto  
 por mi salud, mientras yo  
 duermo en mi cama estirado?

Y en la última:

Acrehedores del Demonio  
 ¿què quereis demì, si à daros  
 llegalo lo mejor que tengo [sus hijos]?

Este *crescendo* de ratificación de su carácter está destinado a producir suspenso y risa: la acumulación de promesas que hace el protagonista a sus acreedores para las doce del mediodía y la

culminación de la pieza con la particular paga que realiza, crean expectativa y sorpresa. El sentido final moralizante se objetiva en el cierre, siguiendo la línea del género en el que se inscribe, en boca del Médico:

Esta crítica va à ciegas:  
habla con todos no hablando  
con ninguno.- «Al que le venga,  
señores, pongase el Sayo»

#### BIBLIOGRAFÍA

- GALLO, BLAS RAÚL (1970): *Historia del sainete nacional*, Buenos Aires, Buenos Aires Leyendo.
- HALPERÍN DONGHI, TULLIO (1985): *Historia contemporánea de América latina*, Buenos Aires, Alianza.
- KLEIN, TEODORO (1994): *Historia del actor en el Río de la Plata. De Casacuberta a los Podestá*, Buenos Aires, Asociación Argentina de Actores.

[Portada]

**Al que le venga el sayo que se lo ponga<sup>1</sup>**

**Teatro de Buenos Aires**

**Fin de Fiesta, en un Acto;  
arreglado por Luis Ambrosio Morante.**

**Año de 1827.**

[Página sin número]

Personajes

ALEXANDRO, esposo de Anastasia.  
SIETE NIÑOS, <hijos de>  
FRANCISCO, negro Changador.  
MONSIEUR CUCULÈ, zapatero remendón.  
DON LORENZO, casero.  
MANUELA, Lavandera.  
UN PORTUGUÉS, barbero.  
MR. TROMPIS, Inglés, repartidor de Pan.  
UN MÉDICO.

La escena se finge en Buenos Aires.  
Año de 1827.

Pieza desamueblada: sólo tiene una mesa vieja.

---

<sup>1</sup> El manuscrito sólo presenta algunas correcciones. Los símbolos <> indican los fragmentos del texto que se encuentran tachados. Respetamos fielmente la ortografía y la redacción originales. Los paréntesis () encierran aquellas palabras o frases que resultan ilegibles en el manuscrito. Los subrayados corresponden al original. Transcribiremos las didascalias según las convenciones actuales, pero en el manuscrito figuran en una columna separada del verso que compone los parlamentos y con un paréntesis inicial que no tiene correspondiente al final de cada acotación.

[Página sin número]

**Escena primera**

ALEXANDRO, ANASTASIA

ANASTASIA. Suelta, bribón, la guitarra.  
Ves la miseria en que estamos,  
llenos de hijos y de trampas;  
¿y te pones tan temprano  
à cantar?

ALEXANDRO. Hago muy bien;  
porque si contemplo el caso,  
por estar triste y llorar  
no me he de ver remediado  
y, sobre todo, lo quiero  
y lo requiero... ¡Canario!

ANASTASIA. Mira, estoy por encajarte  
esta guitarra en los cascós.

ALEXANDRO. ¿Y tendrás valor de hacerlo?

ANASTASIA. Como tres y dos son cuatro:  
Apúrame y lo verás.

ALEXANDRO. Solamente al intentarlo  
te quedabas sin narices  
como yo alzara una mano.  
Soy capaz, cuando me irrito,  
de atropellar a un Carancho,  
cuanto mas a una Cotorra.

[Página 1]

ANASTASIA. ¿Y sabe el mi señor Guapo  
que estamos de puras trampas  
hasta los ojos cargados?

ALEXANDRO. ¿Y qué tienen de común  
ellas conmigo? El cuidado  
está en no hallar donde hacer  
otras tantas este año.

ANASTASIA. ¡Buena salida!

ALEXANDRO. ¡Y tan buena!  
Pues dime ¿es poco el gustazo  
de que estén mis acreedores  
en continuo sobresalto  
por mi salud, mientras yo  
duermo en mi cama estirado?

ANASTASIA: ¿Sabes que estamos de hijos

repletos?

ALEXANDRO: ¡Dios alabado,  
pues me dio mujer Coneja  
que à cada vez pare cuatro!

ANASTASIA. ¿Sabes que todos los muebles  
se han vendido?

ALEXANDRO. Nos ahorramos  
de pagar los Changadores  
si <sucede nos> aconteciere mudarnos.

[Página 2]

ANASTASIA. ¿Y sabes que amaneció?

ALEXANDRO. Y que con las tripas me hallo  
repletísimas de un viento  
no muy puro, ni muy grato.

ANASTASIA. ¿Y sabiendo todo eso  
pretendes, haraganazo,  
tocar la guitarra?

ALEXANDRO. Sí;  
porque mis penas espanto.

ANASTASIA. ¡Así te cayeras muerto!

ALEXANDRO. Tanto te quiero y te amo,  
que pido a Dios en ti caiga  
lo que me estás deseando;  
y al Cementerio del Norte  
vayas, lo menos veinte años  
antes que yo.

ANASTASIA. ¡Que contigo  
me casase!

ALEXANDRO. Descasarlo;  
pues yo no sé de los dos  
quién <cual> ha sido el engañado;  
Y pues somos a cual peor  
aguanta, y vamos callando.  
Pero ya que tus preguntas  
me dejan también un campo  
a preguntarte... Responde...

[Página 3]

ANASTASIA. Pregunta.

ALEXANDRO. Será del caso  
acordar, que por tu empeño  
y tus méritos de antaño  
tuve un empleo.

ANASTASIA. Del cual

te despidieron, notando  
tu probidad.

ALEXANDRO. Que después,  
por no aparecer un vago  
sin ocupación, me puse  
a ejercitar de los Dados  
y la Baraja el difícil  
arte liberal.

ANASTASIA. Y tanto  
que, unas veces en camisa,  
y muchas descamisados,  
la pasábamos, según  
el viento te iba soplando,  
hasta que...

[Página 4]

ALEXANDRO. Quiso el Demonio,  
o quisieron mis pecados  
que con la maldita guerra  
<todos los aficionados> muchos de los dedicados  
a la Carpeta, en tropillas  
fuesen a poblar los barcos  
de la Escuadra.

ANASTASIA. Menos tú;  
<gracias al Certificado  
que te alcancé, en recompensa  
de <mis méritos> valimientos pasados  
con la persona que sabes.><sup>2</sup>

ALEXANDRO. Y menos los que escaparon  
del golpe, quizá porque usan  
fraque, o le untaron la mano  
al que los pudo prender:  
lo cierto es que muy ufanos,  
ellos y yo, cada día  
por las calles nos paseamos  
mientras que los Compadritos  
por allá <se> están <fregando> compadreando.

---

<sup>2</sup> Nótese que el fragmento tachado responde a cuestiones de decoro: el autor decidió no hacer alusión en escena a los supuestos favores sexuales de Anastasia con los que consiguió que su marido no fuera a la guerra.

Mas vamos à lo que importa... [Página 5]  
 Como está hoy todo tan caro,  
 mujer, pues aun los Barberos  
 el precio nos han doblado  
 por la Rasura, <y no hay> ya no hay  
 en los (Paritos), barato,  
 ni coima, ni boch<aa>. Anoche  
 nos cayó un aficionado  
 a estirar la oreja: luego  
 que pestañeó, tuvo gato,  
 y su culebra, y su entierro:  
 mas todo ello tan escaso,  
 que de la parte de presa  
 me tocó este colorado  
de las Conchas, un Liberto,  
 un Patricio, un <Reformado> Caroneado,  
 y un Corazero...

ANASTASIA. ¡Qué nombres  
 le vas ahora bautizando  
 al papel moneda!

ALEXANDRO. Nombres  
 técnicos, que le adecuamos  
 los del Mamarán y Albur.  
 Mira: este es el Colorado  
de las Conchas: este negro  
 es <el> Liberto: el <Reformado> Caroneado  
 <es> este de a peso, en razón  
 de la baja que notamos  
 en su valor: el Patricio  
 el (...) azul que estás mirando:  
 y el Corazero, éste noto  
 que tiene un papel pegado  
 por el revés.

[Página 6]

ANASTASIA. A ver, hombre,  
 dejame acá el <Reformado> Caroneado  
 siquiera, tendremos hoy  
 para entretener el gasto.

ALEXANDRO. No puede ser: cinco reales  
 no pueden cubrir el campo  
 de batalla, si hoy, por suerte,  
 se presenta algún contrario.

**Escena segunda**

DICHOS, FRANCISCO

FRANCISCO. ¡El amu, mun buenun día!

Ya min voy a Merecaro.

ANASTASIA. Trae para comida y cena.

[Página 7]

ALEXANDRO. Y si encontrases barato  
cuanto el Mercado contiene  
no andes escaso en comprarlo.FRANCISCO. Dámi papiritu canta... (*Acción de que le den dinero.*)

ANASTASIA. ¿Yo? que te lo dé Alexandro.

ALEXANDRO. ¿Yo? Que telo dé Anastasia  
que ella corre con el gasto.

ANASTASIA. Ni un décimo me acompaña.

ALEXANDRO. A mí menos: con que estamos  
por la presente ocasión  
libres de ladrones ambos.FRANCISCO. Pues ayuna su Micere:  
Nara min dan nun yevandu  
lum diñero; y otran vece  
nin sin cuenta cum lleválo.

ALEXANDRO. Anda, y suple tú, Francisco.

FRANCISCO. ¡Uh! ¡Cariapemba! En cubrando  
mesi y mèrio de ra cumpra  
que mindebe.ALEXANDRO. Sí; en pillando  
unos dineros que puse  
a réditos en el Banco  
de Mama-Carmen, tu plata  
te la daré de contado.

[Página 8]

FRANCISCO. No convenga: Flaciquillo,  
poble neglo conchavaro  
tiene que <p> entregà joronal  
y <no> sino Musingael amo.

ALEXANDRO. ¡Negrito!...

ANASTASIA. Tiene razón  
en no traernos ni un bocado  
de pan.ALEXANDRO. Calla, mala lengua.  
¡Negrito mío! (*Lo abraza y besa*)

FRANCISCO. ¡Ah, lun branco

besamo à un neglo qui tiene  
barba comu la Chibato!

ALEXANDRO. Mira que hoy estamos Águila.

FRANCISCO. ¡Como harisen!

ALEXANDRO. Y que estamos  
con un hambre muy tremenda.

FRANCISCO. ¡Piá, piá! Cúmase <Unol> unonbrazu.

ALEXANDRO. ¡Piedad! Así el aguardiente  
se te ponga tan barato  
que de las veinticuatro horas  
estés las veinte borracho.

[Página 9]

FRANCISCO. Amen. Ma si no mi paga,  
marandita cosa traigu.

ALEXANDRO. Traelo; y a las doce en punto  
ven por tu <dinero> plata.

FRANCISCO. ¿<E chasco>? ¿Engañamo?

ALEXANDRO. No.

FRANCISCO. Pue ya min và pur ello.  
Diga, su micère, el amui  
¿a lan doce?

ALEXANDRO. Sí, a las doce,  
sin falta.

FRANCISCO. Min và volando.  
¡Jisu! Qué gente tlamposa  
ese dimoño din branco (*Vase.*)

### Escena tercera

ALEXANDRO, ANASTASIA, CUCULÈ

ANASTASIA. ¿Para qué venir le mandas  
si no has de poder pagarlo?

ALEXANDRO. Tú calla, y déjame a mí,  
que yo sé lo que me hago.

CUCULÈ. Aquí tengo ustè compuestos  
las dos pares di zapatos.

[Página 10]

ANASTASIA. Muy bien, Monsieur Cuculè.

CUCULÈ. Ustè pisa con cuidado,  
porque el cuerro ya de vieco  
no puede ser remendado.

ALEXANDRO. A bien que cuando se rompan  
ya la moda habrá llegado

- de andar, como anduvo Adam,  
desnudo, a pata, y descalzo.
- CUCULÈ. Cuatro pesos, cuatro reales  
se me deben del trabajo  
de estos medios suelas.
- ALEXANDRO. ¡Sopla!  
¡Monsieur Cuculè! ¡Borracho  
debéis estar!
- CUCULÈ. No, señor.
- ALEXANDRO. Antes, un par de zapatos  
no valía ese dinero,  
¿y un remiendo chapuceado  
cuatro pesos, cuatro reales  
vale ahora?
- CUCULÈ. Y es barrato [Página 11]  
lo que yo pide. Contempla  
ustè: a cada un cañonazo  
de las Nueve de la noche  
y de la mañana, alzado  
tiene <tiene ya> un peso ya el Comercio  
en los efectos.
- ANASTASIA. ¿Qué diablos  
tiene que ver vuestro Oficio  
con el comercio?
- CUCULÈ. Está claro  
tiene que ver. La Cerrote,  
las tenazas y los clavos  
y la Pita, y el Martillo  
¿no viengon de la otro lado  
del mar? ¿Y si ustè los compra,  
ahorra no cuestan mas caro?  
Si ustè barrato me vende,  
yo à ustè remienda barrato.  
Perro, acustemos el cuenta  
delo que tengo atrasado  
y estos punterras, y venga  
mon diñerro, pues le aguardo. [Página 12]
- ALEXANDRO. Vuelva mañana.
- CUCULÈ. Mañana  
està la dia del Santo  
de mi mujer, y me soy

- todo el día de fandango.
- ANASTASIA. Vuelva pasado.
- CUCULÈ. No quiero.
- ALEXANDRO. ¡Bendito el Dios que ha criado  
un Francés tan fanfarrón<sup>3</sup>  
para dar un desengaño!
- CUCULÈ. ¿No me dió ustè su parrola  
que hoy me pacaría?
- ALEXANDRO. Es llano:  
pero es rara la que cumplo  
de cuantas hasta hoy he dado.  
Vuelva à las doce, sin falta,  
lo despacharé.
- CUCULÈ. ¡Cuidado,  
que ostè está mucho tramposo,  
y ya de esperrar me canso. (*Vase.*)

[Página 13]

**Escena cuarta**

ALEXANDRO, ANASTASIA, LORENZO

- ANASTASIA. ¿No te corres que te llamen  
tramposo?
- ALEXANDRO. ¡Estás delirando!  
Si me llaman lo que soy,  
¿por qué he de formar agravio?
- ANASTASIA. Conmigo has de acabar.
- ALEXANDRO. ¡Toma!  
Lo que yo siento, en tal caso,  
es si ha de ser este mes  
que no haya sido el pasado.
- LORENZO. Alabado sea Dios.  
Señora ¿Usted dio el recado  
que dejé ayer al señor?
- ANASTASIA. Sí, señor, ya se lo he dado  
una y dos veces; mas él  
se ha hecho sordo y no ha escuchado.

---

<sup>3</sup> Queda en duda si es la palabra utilizada. En el manuscrito es difícil distinguir la «f» de la «s».

ALEXANDRO. Miente, que nada me ha dicho.

ANASTASIA. ¿No te lo dije, cenando?

ALEXANDRO. Mientes, que yo no acostumbro cenar.

ANASTASIA. Y me distes palos  
porque lo repetí.

[Página 14]

ALEXANDRO. Solo  
de eso hago memoria. Vamos,  
señor don Lorenzo, en suma  
¿qué vino a ser el recado?

LORENZO. Que hoy se cumplen siete meses  
de alquiler, y no he cobrado  
ni un décimo.

ALEXANDRO. Deme usted,  
si acaso los tiene a mano,  
los cinco meses restantes  
y completaremos año.

LORENZO. Pague usted, no sea tramposo.

ALEXANDRO. ¿Por qué usted le ha levantado  
a la casa doble precio  
por el alquiler? <ahora> ¿Acaso  
<¿no quiere usted que (...)>  
tiene la culpa el bloqueo  
de este robo?

LORENZO. ¡Hombre insensato!  
¿La rebaja del papel  
es algún moco de pavo  
que se deba despreciar?  
Deme usted lo estipulado  
antes, en plata sonante,  
y no hablar. De lo contrario,  
usted me pagará <doble> triple,  
me pagará de contado,  
y se mudará en el día.

[Página 15]

ALEXANDRO. Como usted me busque cuarto  
y me dé para mudarme;  
de otra manera, no salgo  
de aquí.

LORENZO. Sabréis por justicia,  
por que ya estoy sofocado  
de oídos.

ALEXANDRO. Y yo de veros.

ANASTASIA. Don Lorenzo, sosegaos,  
que pagaremos la casa  
lo más pronto que podamos.

LORENZO. Hoy ha de ser, o mudarse.

ALEXANDRO. Será: vuelva usted en dando  
las doce, y se pagará.

LORENZO. Pues cuenta que me deis chasco;  
que, como soy Don Lorenzo,  
de mí tendréis que acordaros. (*Vase.*)

[Página 16]

### Escena quinta

ANASTASIA, ALEXANDRO, MANUELA

ANASTASIA. (*Llorosa.*) ¡Que sufra yo estos bochornos  
por ser mi marido un vago!

ALEXANDRO. Consuélate, que estas cosas  
a mí me van engordando.

MANUELA. Aquí tiene usted la ropa,  
señora; y hoy me ha mandado  
mi madre no lleve más,  
si el dinero que atrasado  
hay acá no se me da.

ANASTASIA. ¿La camisa que ha faltado  
me traes?

MANUELA. Se nos ha perdido.

ALEXANDRO. ¿Qué dices, mujer del diablo?  
Y, sin que sea vanidad,  
no tenía mas.

MANUELA. ¡Qué cuidado!  
Págueme, y despedirnos.

ANASTASIA. Más valiera, pico malo,  
callaras, y lo trajeras.  
un poco mejor lavado.

[Página 17]

MANUELA. No traerlo tanto en el cuerpo;  
y además de eso, espingajos.

ALEXANDRO. Mientes, que es nueva mi ropa.

MANUELA. Espere usted, mientras saco  
una camisola suya,  
que en esta talega traigo.

Vean si tiene ventanas.

ALEXANDRO. Es mi ropa de verano,  
y para que me entre el fresco  
esas claraboyas gasto.

MANUELA. Págueme usted, y acabose.

ALEXANDRO. Como soy Don Alexandro,  
eres la mejor muchacha  
que hay en el barrio del Alto.

MANUELA. Págueme usted.

ANASTASIA. Más valdría  
que no llevases tan caro  
para lavar, y de ese modo  
nadie quedara adeudando.

MANUELA. Quéjese usted del Bloqueo;  
causa que los ladronazos  
de los pulperos nos lleven  
un real por cada pedazo  
de jabón negro, y también  
los aguateros malvados  
por cada barril de agua  
dos reales. <Vamo> Ea, volando,  
mi dinero, o voy a dar  
cuenta al Alcalde de barrio.

[Página 18]

ALEXANDRO. Ven a las doce, y verás  
cómo al momento te pago.

MANUELA. Harto será que así sea:  
volverè. (*Vase.*)

### Escena sexta

ALEXANDRO, ANASTASIA, BARBERO

ANASTASIA. ¿Qué vas citando  
a todos para las doce  
si no tienes un venablo?

ALEXANDRO. Como se contenten ellos,  
tu verás si puedo.

ANASTASIA. Entrando  
va el Barbero.

ALEXANDRO. ¡Oh, fanfurriña!  
Voy a ponerme agachado

- detrás de ti: le dirás  
que a la otra banda he marchado. [Página 19]
- BARBERO. ¡A Deus, minha Senhora!  
Seu Esposo dom Aleixãdro  
esta em casa?
- ALEXANDRO. ¡Qué humor trae!
- ANASTASIA. No, señor, está en el campo.
- BARBERO. Pode ser isto verdade;  
mais en não gasto abalarlo.
- ALEXANDRO. Di que lo trague, o reviente,  
por fuerza.
- ANASTASIA. ¿Estáis enfadado?
- BARBERO. Un pouco: a compras ganas  
de lhe tirar d'hun porraço  
a cabeça.
- ALEXANDRO. ¡Portugués,  
del demonio ! ¿Estás borracho ?  
¿No miras que de ese modo  
perdías el parroquiano,  
pues no es útil a un Barbero  
dos hombres descabezados?
- ANASTASIA. Maestro ¿qué le quiere usted?
- BARBERO. A dèvita. [Página 20]
- ALEXANDRO. Eso va largo,  
que no pago hasta morirme  
mis deudas ni mis pecados.
- BARBERO. Então, ¿está ò não en casa?
- ANASTASIA. No està.
- ALEXANDRO. (*Estornuda.*) ¡Achi!
- BARBERO. ¿Que tem soãdo?
- ALEXANDRO. Di: el perro de mi marido  
que aquí cerca ha estornudado.
- ANASTASIA. No ha sido nada.
- BARBERO. Tem sido,  
è quiero verlo ¡Arrediabo!  
¿Què faz vossa Sinhoría?
- ALEXANDRO. Estoy un poco resfriado,  
y al calor de mi mujer  
me pongo algo mejorado.
- BARBERO. Vossa mecè è hum trapazeiro.

ALEXANDRO. Ya lo sé; y estoy prendado  
de las honras y favores  
que me hace.

BARBERO. Fhalemos claros. [Página 21]

Ainda por o que min deve  
mil promessas me tem dado  
è nenhuma tem cumprido:  
por em vênho (...) embocetado  
que agora propiu men pague,  
ò sobre ò conto matarmos. (*Desenvaina la espada*)

ANASTASIA. ¿Qué va usted a hacer?

BARBERO. ¿Eu? Nada.  
Com motissimo do garvo  
pertendo deixãrla viuva  
num instante.

ALEXANDRO. Eso no paso:  
mas vale lo quede yo.

BARBERO. Sinhora, fagase a hum lado.

ALEXANDRO. Hombre, escuche usted razones.  
Demuéstrese más cristiano  
en la cuenta, y no me cargue  
por cada ventosa cuatro  
pesos; por cada sangría  
dos; por la muela otros tantos;  
ocho <por las> cada sanguijuela<s>,  
sin contar el agregado  
de, cada barba dos reales,  
¿Entran las muelas, acaso,  
y las barbas, y la sangre,  
en el cálculo endiablado  
de echar la culpa al bloqueo?

[Página 22]

BARBERO. Intra; sin, senhor.

ALEXANDRO. Pues vamos,  
envaine usted, y a las doce  
venga, y será despachado.

BARBERO. ¿Sin mintira?

ALEXANDRO. Sin mentira.

BARBERO. Então, sendo assim, embaynho.  
Mais sim faltame à palabra  
ponha sintido, cuidado. (*Vase.*)

## Escena séptima

ALEXANDRO, ANASTASIA, PANADERO

- PANADERO. ¿Es pòsebli, señor mìo,  
què una hombre dì tu tamaño  
tengas válor de así engañas  
à Mister Trómpis? ¡Carrambo!
- ANASTASIA. ¿No había puerta en que llamar  
y no entrarse de porrazo? [Página 23]
- PANADERO. Cuando vengo á traer el pan,  
mi entra mismo así, y no llamo.
- ALEXANDRO. Vamos, pronto, Mister Trómpis,  
¿qué traes?
- PANADERO. ¿Mì què ti te traigo?  
Que mì pagas tuanti <pesos> dólas  
dì pan. Tu con mì quedando  
que <paga mì> la Domingo mì págas.
- ALEXANDRO. Es por causa de que he estado  
malo del pescuezo.
- PANADERO. Tú,  
trámposa.
- ALEXANDRO. Vivas mil años.
- PANADERO. You, ¿cuando mì págas?
- ALEXANDRO. Luego.  
Deja ahora el pan cotidiano,  
y a las doce cobrarás.
- PANADERO. Tuanti dólas; agrègando  
séven riales. (*Hecha pan*), <y Vase>
- ANASTASIA. ¿Tienes alma,  
responde, Inglés ladronazo,  
de vender un pan tan negro,  
y tan chico, y tan mezclado  
con harina de porotos, [Página 24]  
de cebada, y cuanto diablo  
podéis echarle? ¿No miras  
que un veneno simulado  
nos estáis dando a comer?  
¿Quién os tiene autorizados,  
panaderos, para esto?
- PANADERO. Il blóqueo. (*Vase.*)

**Escena octava**

ALEXANDRO, ANASTASIA, EL MÉDICO

- ANASTASIA. Y tú, Alexandro,  
mira que se acerca la hora  
que a todos has señalado,  
y espero ver cómo cumples.
- ALEXANDRO. Eso déjalo a mi cargo,  
que cumpliré, si Dios quiere,  
como siempre he acostumbrado.
- MÉDICO. Adiós, señores.
- ALEXANDRO. ¡Señor  
Doctor! No se os ha llamado  
ahora para nadie.
- MÉDICO. Yo Página 25]  
vengo ahora; determinado  
a que me pague <la (...)> los veinte  
pesos que me está adeudando  
por diez visitas.
- ALEXANDRO. ¿Con que ahora  
valen a precio doblado  
las sentencias de Galeno?  
¿Sin duda lo habrá causado  
el Bloqueo?
- MÉDICO. ¿Quién lo duda?  
La mantención del caballo...  
el precio en los comestibles...  
la pérdida que notamos  
en el papel... Lo excesivo  
de los géneros, calzado,  
y demás... la multitud  
que nos quita de las manos  
el panquimagògo.
- ALEXANDRO. ¿Todo  
deben ahora sufragarlo  
los miserables enfermos  
que os llaman?
- MÉDICO. Es muy del caso, [Página 26]  
y es de justicia. Por ahora  
pasen así mientras tanto  
que se sanciona el proyecto

de que pague adelantados,  
o afiance, doscientos pesos  
cada enfermo.

ANASTASIA. ¡Dios sagrado!

¿Y si acaso no los tiene?

MÉDICO. Que se muera o llame al diablo...

Este es el único medio  
de que no caigan petardos  
como el vuestro, y... Señor mío,  
mire usted que yo no aguardo  
más: vengan los veinte pesos  
que me tocan de honorario,  
porque me hacen mucha falta,  
y ya de venir me canso.

ALEXANDRO. ¿Y cómo está la Señora?

MÉDICO. Buena.

ALEXANDRO. ¿Y los niños?

MÉDICO. Tan guapos.

ALEXANDRO. ¿Hay muchos enfermos?

MÉDICO. Hay.

ALEXANDRO. ¿Y pagan bien?

[Página 27]

MÉDICO. ¡Con los diablos!

¡Qué preguntón está usted!  
ya yo me voy sofocando;  
pues con esas faramallas  
usted me tiene engañado  
días ha. Mayor tramposo  
no hay en el país.

ANASTASIA. ¡Mal hablado!

¿Como así se trata a un hombre  
que tiene Don?

ALEXANDRO. Y que ha estado  
metido en el espionaje  
de otros tiempos.

MÉDICO. Más despacio;  
no hay que darme tantas voces,  
porque si mi queja entablo  
no ha de quedar en la casa  
nada con polvo.

ALEXANDRO. Hablad bajo.

MÉDICO. Que no quiero: dadme pronto

- mis veinte pesos, o parto  
a darle cuenta a un Alcalde.
- ALEXANDRO. No haga tal; pues yo me allano.  
a que se venga a las doce, [Página 28]  
y pagarle.
- MÉDICO. Vamos claros.  
¿Será verdad?
- ALEXANDRO. ¿Qué soy yo,  
tramposo?<sup>4</sup>
- MÉDICO. Si llevo chasco,  
os he de sacar del cuerpo  
los veinte pesos a palos. (*Vase.*)

### Escena novena

ALEXANDRO, ANASTASIA, FRANCISCO

- ANASTASIA. Yo con esto me consumo.
- ALEXANDRO. Pues yo me pongo esponjado:  
cuéntame, si esto me falta,  
en dos días enterrado.
- FRANCISCO. Ya estamos aquí, que ya son  
lan doce.
- ALEXANDRO. Te has engañado.  
No han dado, aunque poco falta.
- FRANCISCO. Puen de essi modo, sentamos. (*Siéntase en el suelo.*)  
Hata qui vengan diñeiro,  
Flaciquiya, no salgamo  
de esta casa.
- ANASTASIA. Di, jetón;  
¿nada has traído del Mercado?
- FRANCISCO. Si me pagamo à lan doce [Página 29]  
no hasi faltá.
- ALEXANDRO. ¡Animalazo!  
¿Y a qué horas lo han de guisar?
- FRANCISCO. ¿Y a mì què cuindaro damo?  
Si hay lan diñero, hay cumira.

---

<sup>4</sup> Observando la ortografía de la época, la pregunta podría leerse de dos maneras: «¿Que soy yo tramposo?» (suponiendo que Alexandro ya supiera que eso iba a decirle el Médico) o «¿Qué soy yo, tramposo?» (por la cual nos inclinamos).

Si no hay diñero, ayunamo.

ALEXANDRO. ¡Maldito seas!

FRANCISCO. Amen.

ANASTASIA. Da el reloj.

FRANCISCO. Vamu cuntando...

Unan, dosi, tresi, cuatro,  
cincu, seisi, siete, ocho,  
nueven, diese, once (...), doce. Ya han dado  
lan doce.

### Escena décima

LOS ANTERIORES, LORENZO, CUCULÈ, MANUELA, BARBERO, PANADERO,  
MÉDICO

LOS SEIS. Aquí estamos todos.

ALEXANDRO. Señal que ha cumplido el plazo  
¡Cuándo acabará esta plaga  
de Ladrones tolerados!

ANASTASIA. Hombre, sabe distinguir.

ALEXANDRO. Distingo: pero al que el sayo  
le venga, que se lo ponga.-  
¿Con que todos conjurados  
venís contra mí?

[Página 30]

TODOS. Es muy cierto.

LORENZO. Yo por la deuda que alcanzo  
de alquileres de la casa.

PANADERO. E mi del pan qui fiado  
tengo, cobra tuenti dólas.

BARBERO. Eu das barbas è emprastus.

CUCULÈ. Muà de zapatós compongo.

FRANCISCO. Yo la cómpira è lo mandáro.

MANUELA. Y yo por la de la ropa.

MÉDICO. Por diez visitas reclamo  
veinte pesos que me debe.

ALEXANDRO. Estoy de todo enterado:  
y así, ya miran ustedes  
que no hay en mi casa trastos,  
ni dinero; y sólo es  
lo mejor que en ella guardo  
siete alhajas, con que quiero  
liberalmente pagaros.

ANASTASIA. (*Aparte.*) ¿Qué intentará este haragán?

LOS SIETE. Hoy cobro.

BARBERO. Então pois, veiãmos  
as alagas, persentadlas.

[Página 31]

ALEXANDRO. Venid al punto, muchachos.

### Escena oncena

LOS PRECEDENTES, Y SIETE HIJOS

HIJOS. Padre ¿qué nos manda usted?  
Pero allí hay pan ¡qué milagro!  
Avánzale al pan, avanza. (*Embisten al pan*).

ALEXANDRO. Los siete que estáis mirando  
son las alhajas que he dicho:  
cada cual vaya tomando  
la suya, y Cristo con todos;  
porque aquí no hay otro amparo.

FRANCISCO. ¡Ah, gran dimoño!

LOS SEIS. ¡Ah, tramposo!

ALEXANDRO. Ea, pocas voces dando:  
cada cual cargue con uno,  
o pierde lo que ha fiado.

ANASTASIA. Aquí no hay otro remedio;  
con que, amigos, conformaos.

MÉDICO. Yo no pretendo esa paga:  
por justicia he de cobrarlo,  
ò has de marchar, gran bribón,  
à la Escuadra por el Chasco.

ALEXANDRO. Quien de nosotros ir debe  
aun no está determinado.  
Acrehedores del Demonio  
¿qué queréis de mí, si a daros  
llego lo mejor que tengo?

[Página 32]

BARBERO. Embusteiro, não te fago  
tayadas por não perderme:  
è asim, tudos juntos vamos  
à casa do Juiz da Paz  
à que lhe embarguem os trastos.

ANASTASIA. Pues hay muchos.

ALEXANDRO. Solamente

los nueve que estáis mirando,  
y aquella guitarra, y mesa.  
LORENZO. ¿Qué se ha de esperar de un vago  
jugador, que a ser ladrón  
tan sólo le falta un paso?  
MÉDICO. Esta crítica va a ciegas:  
habla con todos no hablando  
con ninguno. «Al que le venga,  
señores, póngase el Sayo»

FIN